

HQN™

AUTORA BEST SELLER DE THE NEW YORK TIMES

**brenda
novak**
*donde
perteneceemos*



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2017 Brenda Novak, Inc.

© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Donde pertenecemos, n.º 196 - agosto 2019

Título original: Right Where We Belong

Publicada originalmente por Mira® Books, Ontario, Canadá

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQN y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.

Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-1328-339-5

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Epílogo](#)

Querido lector.

Muchas de mis novelas de Silver Springs tratan de hombres que han tenido que enfrentarse de niños a situaciones de extrema dificultad, y fueron enviados a un centro para muchachos llamado New Horizons con la intención de que modificaran su conducta. Aiyana Turner, fundadora de New Horizons, ha dedicado su vida a lograr que los muchachos del rancho consigan tener una vida plena, y el amor que les ofrece se ha traducido en numerosas ocasiones en un éxito.

Esta es la historia de Gavin, uno de los muchachos que ella terminó por adoptar tras su llegada a New Horizons. La particularidad de Gavin es su capacidad para superar su trágica infancia mejor que otros miembros de la familia Turner. No solo es funcional, sino que su pasado le ha vuelto sensible hacia las necesidades de los que le rodean. Sabe cómo ayudar y está dispuesto a hacerlo. Y eso le convierte en un héroe especial, por suerte para la heroína de nuestra historia. Savanna Gray se encuentra inmersa en un mundo de dolor, y Gavin es el hombre indicado para que su vida sea un poco más sencilla.

A menudo he sentido curiosidad hacia esas mujeres que, para su propio espanto, descubren que su esposo es un violador o un asesino. La prensa se centra en el crimen y su perpetrador. Nunca nos hablan de cómo su familia ha recogido los pedazos para pasar página, suponiendo que lo hayan conseguido. Esta historia es un romance, pero también una historia sobre la superación de un terrible golpe.

Dedico mucho tiempo a relacionarme por Facebook con mis lectores. Si tú también utilizas Facebook, te gustará mi página www.Facebook.com/brendanovakauthor. También puedes unirte a mi grupo de lectores online. Lo forman 8000 maravillosos ratones de biblioteca, y hacemos un montón de cosas divertidas (camisetas del grupo, marcapáginas personalizados y autografiados, la «caja del lector profesional», de cada mes, un programa de cumpleaños, un evento anual en persona, un pin conmemorativo para todo el que haya leído más de cincuenta novelas Novak, y mucho más). Encontrarás el enlace para unirte al grupo, y obtener toda la información que busques, en mi página web, en www.brendanovak.com.

Espero que te guste la historia de Gavin y Savanna...

Brenda Novak

Dedicado a Debra Watson Duncan, miembro de mi grupo de lectores online, y una de mis lectoras favoritas. ¡Gracias por todo tu apoyo y amor, Debra!

Capítulo 1

–¡Lo sabías! ¡Tenías que saberlo!

El vitriolo que destilaban esas palabras hizo que a Savanna Gray se le erizara el vello de la nuca. Ella solo intentaba comprar leche en el supermercado, acompañada de sus hijos, y jamás se habría imaginado que sería acosada aunque, desde la detención de su esposo, tenía la sensación de que toda la ciudad se dedicaba a lanzarle dagas. Los crímenes cometidos por Gordon habían sacudido hasta la médula la pequeña y hermética ciudad de Nephi, en Utah.

–¡Ni te atrevas a irte! –dijo alguien detrás de ella–. Sé que me has oído.

Savanna se quedó helada pues, en efecto, había estado a punto de salir huyendo. Sentía las emociones tan a flor de piel que apenas era capaz de salir de su casa. Deseó poder encerrarse en ella, echar las cortinas y no volver a ver a sus vecinos nunca más. Pero tenía dos hijos, que dependían de ella, y ella era lo único que les quedaba. En ese momento, los niños la miraban con expresión expectante.

–Mami –dijo Branson, de ocho años–, creo que esa señora te está hablando.

Savanna cerró las manos con fuerza en torno al carrito de la compra y se dio la vuelta. Estaba decidida a defenderse mejor contra esa clase de actitud de lo que había estado haciendo hasta el momento. Y entonces reconoció a Meredith Caine.

La imagen de Meredith, con la ropa desgarrada, el maquillaje corrido y el labio sangrando mientras su hermana, que la acompañaba en esos momentos, intentaba consolarla, había aparecido en las noticias en varias ocasiones mien-

tras la policía buscaba al hombre que la había atacado en el cuarto de lavadoras situado en el sótano del edificio de apartamentos en el que vivía. Ese hombre había resultado ser el esposo de Savanna. Desde su arresto, la casa de Savanna había sufrido el lanzamiento de huevos en dos ocasiones. Alguien había conducido sobre el césped, dejando atrás unos profundos surcos. Y alguien había lanzado una botella contra su coche aparcado y los cristales se habían esparcido por el camino de entrada. Pero nunca había tenido que enfrentarse a una de las víctimas de Gordon, solo a sus familiares o amigos, o a algún otro miembro de la comunidad, todos indignados por los asaltos.

Enfrentarse a Meredith no era fácil. Savanna deseó poder fundirse con el suelo y desaparecer, poder hacer cualquier cosa que evitara el encuentro. Meredith no lo entendía. Savanna la había visto en televisión, sintiendo la misma compasión y miedo que sentían las demás mujeres de los alrededores. No tenía la menor idea de que estaba viviendo con el responsable, durmiendo con él, y permitiéndole actuar sin generar sospechas por la ilusión, que ella había contribuido a crear, de que se trataba de un buen padre de familia. Ella misma lo había creído un buen padre de familia, de lo contrario jamás se habría casado con él.

–Meredith, déjalo. Vámonos –su hermana intentó llevársela, pero Meredith permanecía clavada en el sitio, los ojos brillantes, cargados de odio.

–¿Dónde estabas tú, eh? –gritó–. ¿Cómo no te diste cuenta de que tu marido se dedicaba a acosar mujeres por las noches?

Durante los últimos siete años de los nueve que habían estado casados, Gordon había trabajado como técnico de campo de mantenimiento de equipos de minería, lo que implicaba viajar grandes distancias hasta diferentes minas, y trabajar en horarios irregulares. Savanna estaba convencida de que, tal y como le aseguraba él, estaba en la carretera o reparando algún equipo. No tenía ni idea de que estaba

por ahí, acechando a mujeres. A pesar de lo que parecían pensar todos, que por el mero hecho de vivir con él debería haberse dado cuenta de su verdadero carácter, él nunca había hecho nada para ponerse en evidencia.

–Yo creía... creía que estaba trabajando –aseguró.

–¿Creías que estaba trabajando? ¿Todas esas horas? –bufó Meredith.

–Sí.

Savanna no se había dedicado a controlarlo. Ya tenía bastante con los niños, la casa y su propio trabajo como agente local de seguros en horario de nueve a cinco. Además, Gordon siempre tenía una excusa para las ocasiones en que regresaba a casa después de lo esperado, y siempre era una excusa razonable. Había fallado otra pieza del equipo y había tenido que regresar a la mina. La furgoneta no arrancaba y había tenido que esperar a que le llevaran una batería nueva. El tiempo era demasiado malo para ponerse en carretera...

¿Debería haber desconfiado de esas excusas?

–Quizás deberías haber prestado un poco más de atención a lo que hacía –espetó Meredith.

–Y ojalá lo hubiera hecho –Savanna empezó a temblar–. Escucha, me encantaría hablar contigo, explicarte mi versión para que pudieras entenderlo. Pero, por favor, aquí no, no delante de mis hijos.

Meredith ni siquiera miró a Branson y a Alia. Estaba demasiado enfadada, demasiado ansiosa por infligirle a Savanna una fracción del dolor que ella misma había soportado.

–A tu marido no le importaron mis hijos cuando me rodeó el cuello con las manos y casi me ahogó. Gracias a él, desde entonces, no he sido capaz de practicar sexo con mi propio marido.

–¡Meredith! –exclamó la hermana, evidentemente más consciente de la presencia de los niños y, seguramente, de la atención que estaban despertando.

Alia, la hija de seis años de Savanna, tironeó de la manga de su madre.

–Mami, ¿por qué la ahogó papá? –susurró audiblemente, sus enormes ojos azules llenándose de lágrimas.

–Tu padre... –la garganta de Savanna se cerró hasta que apenas pudo respirar, mucho menos hablar–. Hizo algunas cosas malas, cielo. ¿Te acuerdas de cómo hablamos de ello cuando se marchó?

–¿Cosas? –Meredith saltó de inmediato sobre el comentario–. Ese hombre es pura maldad. Pero tú no dejas de mentir, ni a ellos ni a ti misma.

La hermana de Meredith consiguió por fin llevársela, dejando a Savanna de pie ante la sección de lácteos refrigerados, sintiéndose como si acabaran de darle un puñetazo en el estómago.

–Se acabó el espectáculo –murmuró a los que se habían detenido a observar la escena.

–Los niños del cole dicen que papá agarró a tres mujeres y les arrancó la ropa –aseguró Branson, la voz apenas un susurro, mientras seguía con la mirada a Meredith y a su hermana, que se dirigían hacia la caja en el otro extremo del pasillo–. Es verdad, lo es.

No lo había formulado como una pregunta. El niño empezaba a ser consciente de que Gordon no era tan inocente como habían deseado que fuera.

El que su hijo tuviera que aceptar la terrible verdad, sobre todo a su tierna edad, le habría roto el corazón a Savanna, de no tenerlo ya roto en mil pedazos.

–¿Han estado hablando de tu padre en el colegio?

Desde la detención de Gordon, Branson prácticamente se había cerrado en banda cuando se trataba de hablar de su padre, fingiendo que nada había cambiado. Savanna le preguntaba, casi a diario, cómo le iba en la escuela, y él insistía en que todo iba bien.

Pero el comentario que acababa de hacer el niño le hacía pensar que no era así, y eso le hizo sentirse aún peor.

–¿Mami? –el labio inferior de Alia tembló mientras levantaba la mirada en busca de seguridad.

Savanna se arrodilló y abrazó a los dos pequeños.

–No os preocupéis. Todo va a salir bien. Vosotros no tenéis la culpa de lo que hizo vuestro padre.

A Savanna también le gustaría pensar que ella tampoco la tenía, pero una parte de ella temía que quizás fuera más responsable de lo que le gustaría admitir. ¿Había sido tan ilusa, tan confiada, como decía todo el mundo?

Sin duda lo había sido, o no se encontraría en esa situación. Y el apoyo que había manifestado hacia su esposo, incluso después de que hubiera sido arrestado, solo había logrado empeorar la opinión que tenía la gente de ella. Se había sentido desesperada por confiar en su marido por encima de los demás, por proteger a su familia, y por eso lo había hecho, hasta que las evidencias fueron abrumadoras. Sin embargo, ese proceso, el del espanto, la negación, el aplastante dolor y, finalmente, la aturdida aceptación, no lo había presenciado nadie. La gente la veía como alguien unida a él, amante y apoyo del monstruo que había violado a tres mujeres. Y, dado que él ya no deambulaba libre por la ciudad, ella se había convertido en el objetivo del resentimiento de todos.

–Los chicos no deben hacer daño a las chicas –observó un perplejo Branson.

–Tienes toda la razón, cielo –concedió Savanna–. No hay que hacerle daño a nadie.

–Entonces... ¿por qué iba a querer papá ahogar a esa mujer?

Savanna abrazó a sus hijos con más fuerza mientras las lágrimas se acumulaban en sus ojos.

–No lo sé.

Era la misma pregunta que ella misma se hacía a diario, pero para la que no tenía respuesta. No tenía ninguna respuesta para todas esas horribles cosas que había hecho Gordon. A fin de cuentas, ella nunca le había negado a su

esposo la intimidad física. Aparte de algún detalle, que siempre había achacado a rarezas personales, tenía la convicción de que disfrutaban de una vida sexual sana. Sin embargo, desde que se había destapado todo el asunto, no podía dejar de preguntarse si no debería haberse mostrado más seductora, aventurera o excitante con él. A lo mejor si ella le hubiera satisfecho, él no habría ido en busca de otras cosas, y nada de eso habría sucedido...

Savanna se incorporó y apartó el carrito de la compra a un lado, dejó los artículos que había metido y tomó a cada hijo de una mano.

—¿Adónde vamos? —preguntó Branson mientras ella los arrastraba hacia el extremo más alejado de la tienda, para evitar toparse de nuevo con Meredith, camino de la salida.

—A casa —contestó.

—¿Y la leche?

—Ya la compraremos más tarde —Savanna era incapaz de quedarse ni un minuto más en la tienda.

Tras sujetar a los niños con los cinturones de seguridad, se sentó al volante de su pequeño Honda que, por suerte, no había sido incautado por la policía, como la furgoneta que Gordon solía utilizar para ir al trabajo.

—¿Estás triste, mami? —preguntó Alia.

—No, cielo —contestó ella.

«Triste», ni se acercaba. La pesadilla que había comenzado cuando la policía había aparecido con esa orden de registro no había hecho más que empeorar. Savanna no dejaba de repetirse a sí misma que sobreviviría y volvería a pisar suelo firme, que sería capaz de estabilizar su vida, pero había sido demasiado idealista. Aún faltaban dos meses para que se iniciara el juicio, y a saber cuánto durarían los procedimientos legales. Gordon y sus crímenes eran la comidilla de todo el mundo, no hablaban de otra cosa, y así seguiría en un futuro previsible.

Dadas las pruebas, seguramente sería condenado, pero aunque no lo fuera, Savanna era incapaz de seguir con él.

Esperaba no tener que volver a mirarlo a la cara. Ya no se sentía segura en su presencia, ni sentía que sus hijos estuvieran seguros con él. Ya había solicitado el divorcio, pero sabía que eso no bastaría para que desapareciera de su vida para siempre. Era el padre de sus hijos. Las repercusiones de sus acciones les perseguirían durante una o dos décadas, quizás más.

En cuanto llegaron a su casa, dio de cenar a Branson y a Alia y les ayudó con los deberes, pero su mente no estaba puesta en la tarea. Continuó toda la tarde como una autó-mata, intentando seguir adelante hasta la hora de acostarlos, momento en que podría llamar a su hermano pequeño.

A las nueve y media de la noche los arropó, se sirvió una copa de vino y se la llevó al dormitorio. Cerró la puerta con llave y llamó al móvil de Reese.

—Hola, hermanita. Estoy con alguien —saludó él en cuanto descolgó—. ¿Puedes ser breve?

Savanna parpadeó para contener las lágrimas contra las que llevaba horas peleándose. ¿Breve? La condición de sospechoso de Gordon, las evidencias, el registro de su casa, la detención... más bien parecía el proceso más largo e invasivo que hubiera soportado jamás, y también uno de los más dolorosos.

—No puedo seguir aquí, Reese.

—¿A qué te refieres? —respondió su hermano—. ¿En esa casa o en Nephi?

—En Nephi. En Utah. Tengo que irme de aquí, dejar la zona. No quiero volver a ver a esta gente.

—Pero ya lo hemos hablado. Dijiste que sería mejor mantener a los niños en su colegio en lugar de arrancarlos de sus amigos y profesores. Ya han perdido a su padre.

—Eso fue lo que pensé en su momento, pero he cambiado de idea. No creo que sea bueno para ellos quedarse aquí, aguantar tanta energía negativa. Y sé que para mí no es bueno. Necesitamos empezar de nuevo.